

LA HISTORIOGRAFÍA LIBERAL Y LOS CRONISTAS DE TORRENT: MIQUEL CASANOVA Y BENEYTO TASSO

MARC BALDÓ LACOMBA¹

El objetivo de estas páginas es comentar el contexto historiográfico y la aportación de dos cronistas de Torrent que escribieron síntesis históricas locales a finales del siglo XIX y comienzos del XX. El primero de ellos, Isidro Miquel y Casanova vivió entre 1814 y 1884, y dejó manuscrita una *Memoria sobre la villa de Torrente*, escrita hacia 1870. El segundo, Silvino Beneyto y Tasso, vivió entre 1861 y 1922, y fue autor de una *Guía histórica descriptiva de la villa de Torrente*, que presentó a los juegos florales de Lo Rat Penat en 1907 y nuevamente en 1912. Estas obras, inéditas en su época, las conocemos por las ediciones críticas que recientemente ha publicado la revista *Torrens*.²

Nuestros cronistas pertenecen a un tiempo histórico que, *grosso modo*, abarca desde las guerras napoleónicas a la Primera Guerra Mundial, un siglo largo, que para España podemos dividir en dos etapas: 1808-1874 y 1874-1914. La primera, en la que vive y escribe Miquel, se caracteriza por el desarrollo del proceso revolucionario burgués o "Revolución española", como alguna vez la llama.³ Este cronista fue testigo y conoció

¹ Universitat de València.

² "Memoria sobre la villa de Torrente" de ISIDRO MIQUEL Y CASANOVA, (edición crítica de José Ramón Sanchis Alfonso y José Royo Martínez), en *Torrens, Estudis i investigacions de Torrent i comarca*, 6 (1988-90), ps. 9-102; "Guía histórica descriptiva de la villa de Torrente" de SILVINO BENEYTO Y TASSO, (edición crítica de José Royo Martínez y José Ramón Sanchis Alfonso), en *Torrens, Estudis i investigacions de Torrent i comarca*, 9 (1996), ps. 7-263.

³ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 50.

un hecho trascendente en la historia de la villa: la disolución del señorío y, a la par, el establecimiento del orden burgués.

La etapa 1874–1914, en la que vive y escribe Beneyto, históricamente es distinta: la revolución se había consolidado definitivamente, el señorío se había extinguido para siempre. Los problemas, al cambiar el siglo, eran otros. La preocupación por el crecimiento, la expansión de la agricultura comercial, el desarrollo de infraestructuras, el incremento del comercio... inquietaban mucho más que el cambio político, que ya daban por consumado y cerrado los dirigentes burgueses y sus intelectuales, periodistas y cronistas.⁴ Nuestro segundo historiador –a diferencia del primero– se interesa bastante poco por la política en su escrito. Sus preocupaciones son otras: una de ellas es loar el crecimiento; la otra, dar cuenta de la vida burguesa local –*jocs florals*, visitas de sociedades como Lo Rat Penat– y de las tradiciones populares. La manera de construcción del discurso histórico también es diferente: la erudición del segundo trabajo –citas, notas, documentos, reproducción de poesías populares y “de guant”, topografía local...– nos muestra los cambios que se operan entre 1870 y 1907 en la manera de historiar.

Bastaría un simple detalle para ver el tiempo que separa a Miquel de Beneyto. El primero comienza su crónica señalando que Torrent dista “una legua” de Valencia⁵; Beneyto, cuarenta años después, inicia la suya indicando la distancia en kilómetros: “siete aproximadamente”, dice.⁶ ¿Parece irrelevante el detalle? Pues no lo es. El uso del sistema métrico, creado y difundido por las revoluciones burguesas, es testigo de los cambios a que nos venimos refiriendo: expresa la universalización de pesas y medidas y da cuenta de un grado de articulación y vertebración del mercado que sólo el capitalismo triunfante fue capaz de imponer. Poco importa que Beneyto no sea siempre coherente –mezcla el kilómetro y la legua, el metro y el pié–, pero no se le escapa medir –o al menos valorar– el crecimiento de la actividad mercantil.

La primera etapa, en resumen, viene marcada por la revolución; la segunda, por el crecimiento burgués. Cada uno de nuestros cronistas se halla en una parte de este camino. Para encuadrar sus trabajos, le

⁴ “Que la renovación política de España era necesaria y saludable en los comienzos de la presente centuria, es una verdad reconocida hoy por toda persona desapasionada...”. Así empezaba un artículo sobre “El problema social y la desamortización” publicado en el primer periódico de Torrent, *La Crónica*, en febrero de 1898, por el notario nacido en la villa Manuel Puig Torán, *La Crónica*, 2 de febrero de 1898, edición facsímil en *Torrent i la seua premsa entre dos segles*, (edición a cargo de J.R. Sanchis Alfonso), Torrent, Ajuntament de Torrent, 1997.

⁵ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 15.

⁶ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, p. 21.

tomaremos el pulso a la historiografía del siglo XIX y comienzos del XX, y después se comentarán las obras de Miquel y Beneyto.

LA HISTORIOGRAFÍA LIBERAL

En la evolución de la explicación histórica o historiografía del siglo XIX —sin entrar en detalles— podemos destacar dos momentos, que aproximadamente vienen a coincidir con las etapas que antes se mencionaban. Desde las primeras décadas de siglo hasta los años setenta, coincidiendo con el proceso revolucionario, se desarrolló un modelo historiográfico al que, a veces, se le suele llamar romántico.

La historiografía romántica, desde luego, es liberal. Su punto de partida arranca de la Ilustración. Los ilustrados se propusieron escribir una historia *para ciudadanos*, que pudiese instruirlos y les enseñara cosas útiles.⁷ Las emergentes capas burguesas, desde finales del siglo XVIII, buscaban en la lectura de la historia un sentido práctico. “Necesitaban — escribe José Antonio Maravall—, de una parte que la historia les diera cuenta de la situación y les enseñara o bien los resortes de que podían servirse o inversamente aquellos cuya acción tenían que anular; de otra parte, ella podía fortalecer su posición, poniendo en claro las razones de su prestigio y de su influencia”.⁸ Es decir, las capas burguesas — comerciantes, propietarios, magistrados, funcionarios, profesiones liberales, clérigos ilustrados...— buscaban en la lectura histórica instrumentos para interpretar el mundo, y en su caso introducir reformas.

Desde los años noventa del setecientos, la historia dejó de ser mera erudición —rasgo predominante hasta entonces— para preocuparse por la interpretación: la interpretación histórica. La nómina de historiadores ilustrados es enorme: Jovellanos, Campomanes, Capmany, Juan Antonio Lorente... y entre los valencianos destacan Juan de Andrés, Juan Sempere y Guarinos, Juan Bautista Muñoz, Joaquín Lorenzo Villanueva... Bastará aludir a alguno de sus títulos de estos autores para redondear la idea. Sempere y Guarinos, por ejemplo, publicó en 1805 una *Historia de los vínculos y mayorazgos*, en la que analizaba la historia de la propiedad vinculada y la relacionaba con los “adelantamientos de la agricultura, base fundamental de la propiedad de las naciones”.⁹

⁷ Véase, por ejemplo, VOLTAIRE, “Nuevas consideraciones sobre la historia” (1774), en *Opúsculos satíricos y filosóficos*, Madrid, Alfaguara, 1978, p. 178.

⁸ MARAVALL, J.A., “Mentalidad burguesa e idea de Historia en el siglo XVIII”, *Revista de Occidente*, 107 (1972), ps. 250-286, la cita en p. 256.

⁹ SEMPERE Y GUARINOS, J., *Historia de los vínculos y mayorazgos*, Madrid, 1805 (edición crítica de J. Rico Giménez), Alicante, Juan Gil-Albert, 1990.

Pues bien. Sobre estas bases y concepciones –una historia para ciudadanos que les ayude a interpretar desde sus raíces históricas el mundo que viven– se gestó la historiografía liberal, que enriquecía el bagaje ilustrado aportando alguna especificidad, fruto de la época de las revoluciones burguesas y de la consiguiente construcción de los estados–nación. ¿Cuáles eran las principales? Podemos resumirlas en cinco:

La *nación* se convertía en *sujeto histórico*. Es decir, los historiadores se ocupaban de indagar su origen, rastrear sus raíces, averiguar su carácter, dar cuenta de su especificidad y de su proceso histórico a lo largo del tiempo. No se olvide que la nación era para los liberales la protagonista de las revoluciones nacionales, que expresaban su voluntad nacional en las constituciones... Averiguar su formación, etapas, héroes, tradiciones, idiosincrasia... eran aspectos clave para la misma construcción de los estados–nación. Los liberales de la época revolucionaria tenían un especial interés por estudiar la época reciente, la de las convulsiones revolucionarias, aquella en la que *el pueblo* se levantaba contra la tiranía feudal y se constituía políticamente...

La segunda característica es que la historia se ponía *al servicio de la conciencia nacional*. Era un medio de educación de los ciudadanos cultos, de los políticos, de los liberales y de las capas medias que lograban introducir las reformas políticas y sociales propias del liberalismo. Pero, además, la historia servía para “iluminar –señala Pérez Garzón– los entendimientos de los ciudadanos por medio de su enseñanza y divulgación; sólo así se conocerían las ventajas del estado liberal”.¹⁰ Es decir, la historia *contribuía a la creación de la conciencia nacional*. Los liberales entendieron la importancia del asunto y fomentaron la institucionalización de este saber: la llevaron a la escuela, al instituto, a la universidad; organizaron archivos y museos; crearon cuerpos de funcionarios para atender estas necesidades. Y así fue desarrollándose un tipo de explicación histórica con un alto contenido nacionalista en todos los países. Muchos años después, a este tipo de historia se la llamó *historia con bandera*, habida cuenta de la importancia que en ella tenía la función de aportar raíces históricas a los estados–nación.

La tercera característica es el *consumo de la historia*. En el pasado siglo pasó a ser un género con una gran aceptación. Todo miembro de la clase media o de la burguesía que se preciara tenía en su casa, al menos, una *Historia de España* en varios volúmenes –generalmente la de Modesto Lafuente–. Y además se consumía mucho la lectura histórica en distintos formatos: como compendio, como monografía, como manual,

¹⁰ CIRUJANO, P. - ELORRIAGA, T. - PÉREZ GARZÓN, J. S., *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid, CSIC, 1985, p. 5.

como síntesis, como novela —ahí están los *Episodios nacionales* de Galdós, que no han dejado de editarse—, incluso como folleto. En el liberalismo —como es sabido— el mercado manda, y si en el pasado siglo se publicaba tanto libro de historia es porque se vendía. La historiografía liberal, especialmente la de la primera etapa o romántica, era con frecuencia, un género que estaba a caballo entre la literatura y la erudición histórica. Tenía que estar bien escrita para ser leída. Muchos de los principales escritores y políticos del XIX fueron autores de libros de historia. Pero además, la prensa —poderoso medio de comunicación— también explicaba pasajes de historia. Es decir, la historia pasó a ser un género de amplia difusión, y ello requería una buena técnica de comunicación. Los historiadores de entonces eran excelentes narradores, si no, el mercado los marginaba...

La cuarta característica es la *institucionalización* del saber histórico. Si la historia tenía tanta importancia en la conformación de la conciencia nacional, será fácil suponer que los gobiernos procuraron fomentarla. Y así fue. Los liberales la introdujeron en la enseñanza, especialmente en la secundaria y en la superior, para lo que crearon cuerpos de catedráticos o funcionarios profesionalizados en su docencia y, a veces, en su cultivo. Vicente Boix, por ejemplo, fue catedrático de geografía e historia del instituto de Valencia. Además organizaron los archivos históricos, los museos arqueológicos y crearon un cuerpo de funcionarios para atenderlos —los archiveros— e instituyeron la Escuela superior de diplomática en 1856, en la que se daba a los estudiantes una selecta formación práctica, con conocimientos convenientes sobre las ciencias auxiliares de la historia —arqueología, paleografía, diplomática, lingüística histórica...—. Con todo, la institucionalización fue un proceso lento. Una cátedra por instituto —o tal vez dos— y no muchas más en las facultades de letras, además de un reducido cuerpo de archiveros, no permitió un desarrollo excesivo. En el siglo XIX, la mayor parte de los historiadores eran escritores, políticos, abogados, periodistas, novelistas, y eruditos de otras profesiones —médicos, secretarios de ayuntamiento, plumillas locales...— que a veces conseguían plazas de cronistas oficiales en diputaciones o municipios que se podían permitir el lujo de pagarlos... En resumen, la institucionalización del saber histórico estaba empezando, y el prototipo de historiador del ochocientos era el escritor, el periodista, el político, el notario aficionado, etc. En una palabra, *el escritor*.¹¹ Modesto Lafuente,

¹¹ Para estas cuestiones, véanse JOVER ZAMORA, J.M., "Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874", *Zona Abierta*, 31 (1984), ps. 1-22; CIRUJANO, P. - ELORRIAGA, T. - PÉREZ GARZÓN, J.S., *Historiografía y nacionalismo...*, ps. 47-69, y como obra de consulta general, ALONSO MORENO, M., *Historiografía romántica española*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979.

como síntesis, como novela —ahí están los *Episodios nacionales* de Galdós, que no han dejado de editarse—, incluso como folleto. En el liberalismo —como es sabido— el mercado manda, y si en el pasado siglo se publicaba tanto libro de historia es porque se vendía. La historiografía liberal, especialmente la de la primera etapa o romántica, era con frecuencia, un género que estaba a caballo entre la literatura y la erudición histórica. Tenía que estar bien escrita para ser leída. Muchos de los principales escritores y políticos del XIX fueron autores de libros de historia. Pero además, la prensa —poderoso medio de comunicación— también explicaba pasajes de historia. Es decir, la historia pasó a ser un género de amplia difusión, y ello requería una buena técnica de comunicación. Los historiadores de entonces eran excelentes narradores, si no, el mercado los marginaba...

La cuarta característica es la *institucionalización* del saber histórico. Si la historia tenía tanta importancia en la conformación de la conciencia nacional, será fácil suponer que los gobiernos procuraron fomentarla. Y así fue. Los liberales la introdujeron en la enseñanza, especialmente en la secundaria y en la superior, para lo que crearon cuerpos de catedráticos o funcionarios profesionalizados en su docencia y, a veces, en su cultivo. Vicente Boix, por ejemplo, fue catedrático de geografía e historia del instituto de Valencia. Además organizaron los archivos históricos, los museos arqueológicos y crearon un cuerpo de funcionarios para atenderlos —los archiveros— e instituyeron la Escuela superior de diplomática en 1856, en la que se daba a los estudiantes una selecta formación práctica, con conocimientos convenientes sobre las ciencias auxiliares de la historia —arqueología, paleografía, diplomática, lingüística histórica...—. Con todo, la institucionalización fue un proceso lento. Una cátedra por instituto —o tal vez dos— y no muchas más en las facultades de letras, además de un reducido cuerpo de archiveros, no permitió un desarrollo excesivo. En el siglo XIX, la mayor parte de los historiadores eran escritores, políticos, abogados, periodistas, novelistas, y eruditos de otras profesiones —médicos, secretarios de ayuntamiento, plumillas locales...— que a veces conseguían plazas de cronistas oficiales en diputaciones o municipios que se podían permitir el lujo de pagarlos... En resumen, la institucionalización del saber histórico estaba empezando, y el prototipo de historiador del ochocientos era el escritor, el periodista, el político, el notario aficionado, etc. En una palabra, *el escritor*.¹¹ Modesto Lafuente,

¹¹ Para estas cuestiones, véanse JOVER ZAMORA, J.M., "Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874", *Zona Abierta*, 31 (1984), ps. 1-22; CIRUJANO, P. - ELORRIAGA, T. - PÉREZ GARZÓN, J.S., *Historiografía y nacionalismo...*, ps. 47-69, y como obra de consulta general, ALONSO MORENO, M., *Historiografía romántica española*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979.

campeón de la historiografía del siglo pasado, es un buen ejemplo; Teodor Llorente, periodista y político valenciano, es otro ejemplo. No es menester multiplicarlos.

La quinta característica, en fin, hace referencia a la técnica de *análisis histórico predominante*. Para los liberales la historia es la explicación del devenir humano que se hace comprensible mediante los hechos históricos. El historiador está obligado a determinarlos, observarlos, comprobarlos, verificarlos y relacionarlos. La historia, pues, se concibe como un proceso de hechos singulares, encadenados y relacionados. Más que buscar pautas –o leyes– históricas y sociales, se buscan hechos que se encadenan y se interpretan. Por lo común la historia se concibe y define como una “sucesión de hechos memorables”, dice Boix,¹² o como “la narración de los sucesos importantes tenidos por verdaderos”, explica un catedrático a sus alumnos en la universidad de Valencia.¹³ Una de las mejores definiciones la aportó el profesor Gonzalo Morón. “El historiador –decía– debe hacer marchar de frente los hechos, los actos de la voluntad de los gobiernos y los de la inteligencia de los pensadores y filósofos; [debe] mostrar en una palabra el desarrollo social y el desarrollo individual... y referir en todo las causas y efectos”.¹⁴ Así pues, la historiografía liberal esquivaba teorizar la explicación histórica, pautarla, y se fijaba en los hechos –“los memorables”–, en los protagonistas –“el pueblo”, “la nación”, los “grandes personajes” que encarnaban el genio de los pueblos...– y analizar causas y efectos de todo ello. A esta concepción de la historia según la he expuesto, sin duda, le faltan matices: hubo muchos historiadores y muchos énfasis distintos, desde el que apuntaba –adelantándose a su tiempo– a la historia de la civilización, hasta el que se limitaba a una sucesión de hechos notables casi sin relacionar –una cronología...–, pasando por el que –influido por lecturas de Spencer– procuraba pautar. Pero, en cualquier caso, la indicada era la predominante, y desde luego, la que compartían nuestros cronistas. Miquel, por ejemplo entendía que la historia era estudio de “cosas notables”, o la “exacta y verdadera noticia” de lo sucedido.¹⁵

Pues bien. Entre la historiografía romántica y la que se gesta a finales de siglo –a partir de 1874, por hacer coincidir la fecha con la Restauración– la diferencia no es de concepción sino de estilo, de talante, de matiz. La historiografía hasta 1874 es más enfática, más colorista; la

¹² BOIX, V., *Historia de la ciudad y reino de Valencia*, 3 t., Valencia, 1845, ed. facsímil, Valencia, s.a., t. I, p. 9.

¹³ Apuntes de las explicaciones de la clase de D. José María Anchóriz, de Historia Universal Antigua, de Godofredo Andrés y Ferrando en el curso 1864-65 (cortesía de E. García Moneris).

¹⁴ GONZALO MORÓN, F., *Curso de historia de la civilización española*, Madrid, 1841, t. I, p. 10.

¹⁵ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, ps. 19-20.

narración histórica –a menudo– está a caballo entre la literatura y la erudición, se sirve de la empatía... Pero a medida que avanza el siglo, el colorido, la empatía y los “excesos románticos” se atenúan hasta que, finalmente, desaparecen. Surge, entonces, poco a poco, una historia que es más erudita, más técnica, más profesionalizada. En la narración histórica de la época de la Restauración *se tiende* a eludir todo lo que no sea el rigor estricto. La “pasión romántica” se va desvaneciendo; la influencia de la escuela alemana es mayor... Los trabajos de historia se esmaltan de notas, de citas, de documentos... En buena parte ello se debe a que la historia se profesionaliza. La institucionalización de mediados de siglo es cada vez más influyente: hay más profesionales dedicados a la historia, más series documentales publicadas, y el saber se tecnifica.

Pero, paralelamente al *rigor erudito* que adquiriría el saber histórico, se introdujeron otras novedades. La principal es la mirada hacia el medioevo. Si en la época de la revolución o romántica atraía mucho lo reciente, el propio proceso revolucionario, la guerra de Independencia, la carlista, María Cristina, Espartero, Cabrera, Prim... A partir de fines de siglo la atención preferente basculó a la edad media. Se buscan las raíces, los orígenes de la nación en esa época. También antes se buscó –un campo de la novela histórica era la época medieval–, pero ahora, se investigaba la edad media con los nuevos recursos, interesaba exhumarla sin las “pasiones” románticas. Y de paso, en la etapa la burguesía satisfecha, se eludía hincar las narices en tiempos recientes y excesivamente comprometidos y comprometedores... Empezó, entonces, a decirse –gratuitamente, por lo demás– que para historiar el siglo último “faltaba perspectiva”, faltaban documentos –todavía vivos e inaccesibles al investigador. El historiador, además, demandaba mayor “distanciamiento” para ser objetivo y riguroso, de modo que los siglos antiguos quedaron enfatizados: fomentaban el nacionalismo y no tenían los peligros del XIX...

Todo este proceso, que fue avanzando en los años de la Restauración, culminó a principios del siglo XX, debido a la introducción de reformas institucionales y al cambio de orientación, enfoque y planeamientos del conocimiento histórico. Estamos ya en el final de nuestro recorrido, y para llegar a meta sólo restan unos párrafos.

Respecto a los cambios institucionales, estos fueron, esencialmente dos: por un lado, se crearon las secciones de historia –1900– en las facultades de letras, y por otro, se estableció la Junta para la Ampliación de Estudios –1907–, y otros organismos provinciales, cuyo objetivo era el fomento de la investigación.

Las facultades de letras en España, carecieron de especialización hasta 1900. Desde la época de Pidal o Moyano –años cuarenta y cincuenta del ochocientos– hasta 1900, administraban un saber generalista en humanidades, con una asignatura de historia universal y otra de historia de España. Pero a partir del siglo XX, por influencia del Regeneracionismo, todo cambió. Los estudios de letras se organizaron –según el modelo de las facultades de ciencias– en dos cursos comunes y otros dos de especialización. Se crearon, pues, tres especialidades o secciones: filosofía, letras –filología y literatura– y “ciencias históricas” –así la llamaron–. La sección de historia englobaba, además de la historia universal y la de España, organizadas por épocas –antigua y media, moderna y contemporánea–, los saberes instrumentales que hasta entonces tenía reservada la Escuela de diplomática: arqueología, paleografía, diplomática, epigrafía, numismática, latín medieval, etc. Como se supondrá, no es igual licenciar estudiantes haciéndoles conocer las llamadas “ciencias auxiliares de la historia”, que limitarse a explicar la materia en clases discursivas a modo de conferencias. La introducción de los conocimientos auxiliares no sólo hacía más técnico y riguroso el saber, sino que enseñaba a los estudiantes –y a los profesores– a conocer directamente los instrumentos y recursos para aprender a *hacer historia*, para poderla interpretar con criterio propio –y no necesariamente pegado a la explicación del maestro o al manual–. Era una gran transformación. Pero tardó años en dar frutos: los especialistas no se improvisan; requieren que se formen profesores expertos, que éstos desarrollen grupos de trabajo o escuelas, etc. Por esos nuevos caminos marchó la institucionalización durante el primer tercio del XX.¹⁶ Pero nosotros no hemos de seguirlos aquí, pues nos desbordan la cronología y el objeto de nuestro estudio...

Si importante era el nuevo plan para la institucionalización y desarrollo del saber histórico, no lo era menos la política científica que se desarrolló desde comienzos de siglo. La JAE tuvo dos cometidos: por un lado creó centros de investigación, con grupos de profesores que elaboraban proyectos de investigación, y por otro, organizó un sistema de pensiones o becas para que jóvenes licenciados y profesores pudiesen estar en el extranjero un tiempo y pudiesen trabajar con otros profesores y sus equipos. El Centro de Estudios Históricos, fue el organismo de la JAE para activar proyectos de investigación; se creó pocos años después, y lo dirigió Ramón Menéndez Pidal. Fue un potente revulsivo, como también lo fueron otros organismos locales y provinciales –el Institut d’Estudis Catalans, o el Servei d’Investigacions Prehistòriques de la Diputació de

¹⁶ Sobre estos aspectos, BALDÓ, M., “La facultat de filosofia i lletres de València, 1857-1977. Esbós històric”, *Saitabi*, 57 (1997), ps. 21-87.

Valencia, creado éste dos décadas después-, que completaron las labores de la JAE.

Respecto a los cambios en la concepción histórica, la principal novedad fue la ampliación del sujeto histórico. Hemos dicho que en el siglo XIX el sujeto histórico era la nación, pero esta se explicaba – recordemos al sabio profesor Morón– haciendo marchar en primera fila a “los actos de la voluntad de los gobiernos y los de la inteligencia de los pensadores y filósofos”; los demás hechos –el desarrollo social...– marchaban en filas muy secundarias. Tan secundarias que, a veces, ni tenían presencia. En otras palabras: lo que en el siglo XIX se hacía, con gran énfasis, era “la historia política de la nación”. Veámoslo en Modesto Lafuente, autor de la *Historia general de España*, publicada entre 1850 y 1867: para explicarnos este autor el trienio liberal, nos cuenta la política, las cortes, la acción de los gobiernos, los conflictos de partidos, la guerra de Cataluña de 1822, el congreso de Verona...¹⁷

Pues bien, la novedad de los últimos lustros del XIX y los primeros del XX fue ampliar el sujeto: de la “historia política de la nación” se pasó a la “historia política y de la civilización de la nación”. No vamos a entrar en este proceso, que tiene sus grados y peldaños, y tiene –también– una demanda social que se relaciona con el desarrollo de las capas medias, del republicanismo, de los nacionalismos y del mismo movimiento obrero. Pero Rafael Altamira, magnífico ejemplo del prototipo de historiador de comienzos del XX, publica, entre 1900 y 1911 la *Historia de España y de la civilización española*, y la explicación histórica la organiza atendiendo tanto la historia política –acontecimientos, reyes, tratados, guerras, motines...–, como la organización social, el sistema político, la trama institucional, la “vida” económica, la cultura, las costumbres. Política y civilización. Pero el segundo aspecto, la civilización, era la parte más amplia y novedosa. En ella se abordaba el sujeto colectivo –el pueblo español–. Algunos epígrafes del tomo IV nos ilustran sobre el contenido de la “historia interna” –como también llamaba a la de la civilización–: “los privilegios nobiliarios y los derechos señoriales”, “la familia y la propiedad”, “la destrucción de los gremios”, “el problema económico nacional”, “los remedios a la miseria económica”, “las industrias manufactureras”, “el obrero español”, “organismos de la vida mercantil y productos”, “el espíritu del siglo XVIII”, “la reformas de la enseñanza popular y secundaria”, “los obstáculos a la cultura”, “la vida habitual y la de Palacio, la casa y el traje”, “diversiones y moral públicas”.¹⁸

¹⁷ LAFUENTE, M., *Historia general de España*, (uso la edición de Montaner y Simón de 1930, t. 19).

¹⁸ ALTAMIRA, R., *Historia de España y de la civilización española*, 4 t. (Uso la 3ª ed.) Barcelona, Juan Gili, 1914, “corregida y aumentada por el autor”.

Esta ampliación del sujeto histórico, acarrea, a su vez, una ampliación de los aspectos a estudiar. Se abrazan todas las actividades y todos los aspectos de la vida humana, y por ende se requieren conocimientos muy diversos –geografía, filología, literatura, derecho, etnología, sociología, economía, estadística...– y además –lo principal– se requiere relacionarlos. Nace, pues, la *síntesis histórica*, preámbulo de una explicación de la materia histórica que tiende a la historia global. Pero ya no vamos a seguir por este camino, que nos aparta de nuestro propósito...¹⁹

Sí que nos interesa, en cambio, manifestar que los cronistas de Torrent, y en concreto el segundo –Miquel vivió otra época– fue ajeno por completo a estas transformaciones del saber. Carecía de formación académica y se relacionaba con los eruditos valencianos, la “escuela histórica valenciana”, que tenía otras preocupaciones, como veremos en el apartado siguiente.

LA HISTORIOGRAFÍA LOCAL

¿Y la historia local? El panorama general descrito no nos da cuenta de ella. Y debemos hacerlo, no sólo porque nuestros cronistas pertenecen a ese campo, sino porque su evolución, aunque similar, tiene sus matices.

En el siglo XVIII, la historia local que se hacía –al menos en Valencia– era crítica, empírica, erudita, y –por regla general– sin pretensiones de síntesis, ni de organización diacrónica. Básicamente era una recopilación de “antigüedades”, como comúnmente se la llamaba, verificadas una a una en las fuentes archivísticas y en otros manuscritos redactados por otros cronistas anteriores. Estos trabajos quedaban, por lo común, inéditos y se acumulaban en las estanterías de los conventos o de algún ilustrado curioso e intrigado por las “antigüedades”. Voltaire, en el trabajo arriba citado, criticó con dureza esta manera de historiar: consideró que se limitaba a aportar anécdotas y bagatelas, detalles y noticias curiosas pero –la mayor parte de las veces– irrelevantes para entender el proceso histórico de una ciudad, que además no solía plantearse.

Un ejemplo de esta manera de historiar lo ofrece el padre Josep Teixidor, del convento de santo Domingo, que nos dejó un manuscrito titulado *Antigüedades de Valencia* –editado en el siglo XIX–.²⁰ En este

¹⁹ Véase BALDÓ, M., “El plan de estudios de 1900 y la renovación de la enseñanza de la historia”, *Actas del V Congreso Internacional de historia de las universidades hispánicas*, Salamanca, 2000 (en prensa).

²⁰ TEIXIDOR, J., *Antigüedades de Valencia* (1767), 2 t., Valencia, 1985, ed. facsímil, Valencia, París-Valencia, 1985.

trabajo, siguiendo el planteamiento empírico señalado, su autor dedica una parte a la “fundación, muros, puertas, puentes y palacios”. En ella, se estudian los puentes del Turia, cuándo se hicieron, las avenidas... Al llegar al puente del Real, se explica el palacio, la entrada de Jaime I a Valencia, las instituciones medievales –aún posteriores–, las pesas y medidas; las monedas... Otra parte del trabajo se dedica a la catedral –capillas, altares, instituciones eclesiásticas, procesiones–. Se trata de una obra de erudición rigurosa, pero con una concepción histórica sin más pretensiones que dar noticia de lo curioso. Parecido es el planteamiento de otro erudito del XVIII, Marcos Antonio de Orellana, un abogado, que publicó *Valencia antigua y moderna*, una guía histórica de la ciudad, en la que el material se ordena topográficamente: calle a calle, por su orden alfabético y al paso que se explican noticias de los monumentos, palacios, costumbres, tradiciones, personajes, instituciones...²¹ Esta manera de hacer historia, que entronca con el método de bolandistas y mauristas, influyó –de algún modo– en nuestros cronistas, como en parte de la historiografía local del ochocientos.

Pero el siglo XIX aportó novedades. Por lo común, los historiadores generales fueron más considerados con este tipo de historia que los ilustrados de fines del siglo anterior. Gonzalo Morón defendió la labor de los trabajos de los “historiadores especiales”, dedicados al estudio de antiguos reinos, nuevas provincias o localidades, porque entendía que la historia general de España, la de las visiones de conjunto, corría el riesgo de la simplificación, ya que, “aunque el fondo de nuestra civilización es idéntico, todo es parcial, vario y distinto en las provincias, sin que hayan destruido esta variedad los más calculados golpes de autoridad de Felipe II y Felipe V, y los remedios y desacertadas medidas de las épocas constitucionales”²².

La pluralidad y las *diferencias territoriales* que señala el autor, es uno de los factores que influyeron en el cultivo de la historia local en el XIX. Pero, sobretudo, se buscaba la autoafirmación de la localidad, la provincia o la región. Es un género de “patria chica”, que con frecuencia se proponía dar entidad tanto a las provincias recién nacidas como a los antiguos reinos o ciudades que eran capitales de provincia, y por supuesto a algunos municipios que sin ser capital provincial eran importantes: Morella, Sagunt, Torrent, Dénia, Elda, Elx...contaron con este tipo de monografías. Manuel Rico García, por ejemplo, en el *Ensayo biográfico bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia* (1888), decía que

²¹ ORELLANA, M. A. DE, *Valencia antigua y moderna*, 3 t., Valencia, 1923, ed. facsímil, Valencia, París-Valencia, 1985.

²² GONZALO MORÓN, F., *Curso de historia...*, p. 48.

“hora es ya de que la literatura y escritores alicantinos sean conocidos y apreciados debidamente en la república de las letras”.²³

No había en las historias locales más pretensión que el localismo dentro de la región y dentro de España. Pocas excepciones se saltaron esta pauta –Víctor Balaguer y los Bofarull la matizan–. Pero la mayor parte de las historias locales o regionales, desde el mallorquín José María Cuadrado hasta el valenciano Boix, se ciñen al regionalismo dentro de España. Bastarán, para el caso valenciano, dos ejemplos. Antonio Chabret iniciaba su libro épicamente: Sagunt “iluminó un día a Iberia con los vivos resplandores de su glorioso incencio”.²⁴ En el libro se rastrea, desde la antigüedad al siglo XIX, la relevancia de Sagunto en la historia española y valenciana, y se subrayan la especificidad locales, especialmente en la época foral. Nicasio Camilo Jover, el segundo ejemplo, marcha por similares derroteros. En su *Reseña histórica de la ciudad de Alicante*, además de ver el poder municipal como el más lógico de todos, señalaba la importancia de la ciudad en el reino de Valencia y en España, y concluía con un canto a la libertad y al progreso: “Alicante, colocada en los magníficos senderos que han abierto a los pueblos las poderosas manos de la libertad y la civilización, sigue progresando en todos los sentidos, y al llegar el año 1863... es una ciudad de suma importancia a cuya prosperidad contribuyen de consuno sus novecientos setenta y siete industriales, sus comerciantes, sus capitalistas y todos sus hijos”.²⁵

Por otro lado, la historia local y regional del ochocientos introdujo, en términos generales, los supuestos del liberalismo. El sujeto de la historia de la localidad suele ser “el pueblo” dentro de la región y dentro de España. Nicasio Camilo Jover nos lo mostraba al señalarnos que a la prosperidad de Alicante contribuyen todas las clases sociales, aunque los 977 industriales –exactamente– parecen tener mayor relevancia.

Este tipo de historia, además, asumió la renovación metodológica y el rigor documental. Como la historiografía general, en la local también se detectan dos etapas. La primera, con mayor énfasis romántico, dura hasta los años setenta, y desde entonces bascula hacia el historicismo erudito y moderado. Boix, por un lado, y Danvila, Chabás o Boronat, por el otro, son ejemplos de esta tendencia. La intención “aséptica”, “erudita”, “objetiva”, supuestamente “apolítica” de los cronistas de la segunda época contrasta con el compromiso expreso de los de la primera. Boix no oculta

²³ RICO GARCÍA, M., *Ensayo biográfico bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia* (1888 y ss.), (edición de M.A. Auladell y otros), Alicante, Gil-Albert, 1986, p. 13.

²⁴ CHABRET, A., *Sagunto. Su historia y sus monumentos*, 2 t., Barcelona, 1888, t. I, p. V.

²⁵ JOVER, N. C., *Reseña histórica de la ciudad de Alicante*. Alicante, 1863, ed. facsímil, Valencia, París-Valencia, 1982, p. 305.

en su *Historia de la ciudad y reino* sus posiciones políticas –aunque las modera, las disimula para escribir un texto que sea del agrado de los moderados afincados en el poder dos años antes–. Danvila, Chabás o Boronat tampoco las ocultarán: se les ve pronto la “oreja política” moderada, a veces incluso escasamente liberal. Pero creen que escriben una historia “objetiva”, “aséptica”, “la pura verdad”..., y para ello revisten sus opiniones con abundantes citas, notas y documentos, y además eluden historiar el tiempo reciente. Mientras los cronistas de la época romántica y revolucionaria se dedican a analizar la política del siglo XIX –la mayor parte de los los tres volúmenes del libro de Boix–, los otros se quedan en siglos anteriores. Entienden, con frecuencia, que el siglo XIX no se puede estudiar por proximidad, por falta de distanciamiento...

Antonio Chabret, el cronista de Sagunt, por ejemplo, en su libro publicado en 1888, al referirse al Sexenio democrático dice: “En la última guerra civil hemos visto por nuestros propios ojos todos los horrores y todas las desventuras de nuestra patria, oprimida y ensangrentada por los desvaríos de uno y otro bando”.²⁶ Fijémonos: “uno y otro bando” son responsables de “los horrores”. Y a renglón seguido se nos muestra como un erudito “objetivo” –supuestamente objetivo–: “¿quién pone la mano en [las llagas] sin encrudecerlas? Dejemos, pues, que vuele el tiempo y se apague la pasión política, para que otro escriba nuestras fratricidas luchas con la calma y mesura que exige la imparcialidad histórica”. Pero esa pretensión –no hurgar en las heridas– es retórica; cierto que Chabret no habla del Sexenio, pero se le ve complacido con el golpe de Estado de Martínez Campos, dado en Sagunt en diciembre del 74, que es narrado brevemente, y la Restauración de Alfonso XII es adjetivada convenientemente: “pacífica”. Mas parece evidente que los vencidos, los republicanos, los federales y hasta los liberales progresistas, no compartían esa opinión... Para los conservadores la restauración era la gloria; para los demócratas la revolución del 68 fue *La Gloriosa*...

Pues bien. Esta retórica supuestamente “objetiva” de la historia no la vemos en la época romántica, y bastará asomarnos al primer cronista de Torrent, Miquel. “Pido a Dios –escribe– con todo el fervor de mi espíritu en medio de este laberinto borrascoso en que hoy nos encontramos a consecuencia de la Revolución Septembrina, en medio de la opresión que estoy sufriendo sin embargo de estar oyendo a todas horas por las calles “Viva la libertad”, que me hace tener cerrada la puerta de mi casa, repito que pido a Dios me conceda la gracia de [escribir la crónica y esperar que

²⁶ CHABRET, A., *Sagunto...*, t. I, p. 491.

se aclare el “estruendo”].²⁷ Desde luego Miquel no sólo pidió a Dios que acabase la experiencia que comportaba La Gloriosa; hizo más: actuó. Pero no nos interesa esto, sino la sinceridad con que cuenta la antipatía que sintió por la revolución democrática.

Todo nos hace suponer que Chabret también cerraría las puertas de sus ventanas para no escuchar el tumulto –“¡Viva la libertad!”–. Pero al escribir la historia se hacía el distanciado. Por otro lado, todo nos hace suponer que Miquel también consideró la Restauración canovista tan “pacificadora” como Chabret. Pero el de Torrent no ocultó nada: en sus escritos y en su vida echó pestes de los demócratas; Chabret –suponemos– sólo en su vida; en sus escritos se pretendía “objetivo”... Este talante se repite en muchos: los historiadores de la primera época exhiben el compromiso; los de la segunda, lo camuflan. Era una tendencia...

En el País Valenciano, durante el último cuarto del siglo XIX y primeros años del XX, se desarrolló un núcleo de historiadores coherente metodológicamente, que Francisco Almarche bautizó en 1919 como “escuela histórica valenciana”.²⁸ Pero este grupo también es conocido como “escuela de Chabás”.²⁹

Este grupo, con independencia de cómo sea llamado, constituye la principal expresión del historicismo valenciano. Nacidos en los años centrales del siglo, estudiaron dentro del sistema educativo liberal recientemente implantado. Sociológicamente eran burgueses –propietarios rurales– o capas medias solventes. Los más cursaron la carrera de derecho –Danvila, Llorente, Martínez Aloy...–, pero no faltan los que siguieron la carrera eclesiástica –Chabás, Boronat, Sanchis Sivera–, medicina –Chabret–, o filosofía y letras –Tramoyeres, Ibarra Ruiz...–. Se trata, en definitiva, de abogados, políticos, periodistas, publicistas, archiveros, médicos, sacerdotes... “burguesos, políticos i capellans” ha dicho Pau Viciano.³⁰ Políticamente eran liberal-conservadores, seguidores de Cánovas y Silvela: Danvila fue diputado y senador; Martínez Aloy, alcalde de Valencia y presidente de la diputación; Llorente, senador y jefe del partido conservador de la provincia... Algunos eran abanderados de la Renaixença y todos ellos regionalistas. De hecho su aportación erudita debemos considerarla como la vertiente histórica de la Renaixença.

²⁷ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 19.

²⁸ ALMARCHE, F., *Historiografía valenciana*, Valencia, 1919.

²⁹ IGUAL ÚBEDA, A., *Historiografía del arte valenciano*, Valencia, Alfonso el Magnánimo, 1956, ps. 141 y ss. Este autor da cuenta de la nómina de este grupo: R. Chabás, M. Danvila, T. Llorente, J.E. Serrano Morales, J. Martínez Aloy, P. Boronat, J. Sanchis Sivera, Constantí Llombart, M. Rico García, L. Minguet Albors, J.M. Ruiz de Lihory, L. Tramoyeres Blasco, J. Rodrigo Partegás, F. Almarche Vázquez, P. Ibarra Ruiz, F. Martí Grajales, M. Betí Bonfill, A. Chabret... y a ellos, como figura de tercer plano, cabe añadir Beneyto, el cronista de Torrent.

³⁰ VICIANO, P., *La temptació de la memòria*, Valencia, Eliseu Climent editor, 1995, p. 22.

Dispusieron de diversas plataformas para desarrollar su tarea: la asociación cultural Lo Rat Penat, el diario Las Provincias y su Almanaque, la revista de Chabás, El Archivo (1888-1893), y el Centro de cultura valenciana –creado en 1915 y organizado por Martínez Aloy–.

Vinieron, además, a cubrir un hueco: la facultad de letras de Valencia, aunque nació en 1857, fue suprimida en 1872, limitándose sus cátedras a dar las clases del preparatorio de derecho. Fue restablecida en 1896, pagándola la diputación y el ayuntamiento, y hasta 1902 no se introdujo la sección de historia –a petición y deseo de las corporaciones locales que la subvencionaban–. Por tanto, carecía Valencia de institucionalización del saber histórico –si exceptuamos un puñado de catedráticos y archiveros–. El cultivo de la historia, hasta entrado el siglo XX, fue obra de los aficionados: los eruditos referidos. ¿Cuán fue su aportación? La podemos resumir en tres aspectos.

El primero es el particularismo de lo valenciano: el estudio de la especificidad valenciana dentro de la historia de España. Chabás, el *chef d'école*, lo expresaba así en 1886: “nuestros esfuerzos han de tener por campo la historia del Reino de Valencia”.³¹ Un año después, el jefe de la Renaixença y del conservadurismo local, Teodor Llorente, en la síntesis que escribió sobre historia valenciana, decía que un grupo de investigadores “laboriosos” recuperaban materiales para escribir “la historia definitiva, externa e interna, política, civil, literaria, artística, económica y social de este miembro importantísimo de la nacionalidad española, que se llamó Reino de Valencia”.³² No se trataba de oponer el particularismo valenciano a la unidad española, sino de armonizar el primero y la segunda. Lorente entendía que Valencia era “más dúctil y flexible que Cataluña” y que “no guarda rencor a Castilla... No piensa en restablecer instituciones que no responden ya al estado presente”.³³ La historia regional que escribían tenía como objeto “reconstruir el particularismo”, decía el director de *Las Provincias*, para apreciar mejor la relevancia del antiguo reino dentro de España. Y este era criterio de todos estos eruditos: “Verdad, fe y patria –escribía Boronat en 1901– fueron siempre nuestra bandera, nuestro programa, nuestra aspiración única; al grito de “¡vixquen les glòries pàtries!” venimos trabajando hace años”.³⁴

La segunda característica es el método histórico del que se sirven. Se proponen reconstruir el pasado valenciano de manera “verídica”. Se

³¹ CHABÁS, R., “Nuestro programa”, *El Archivo*, t. I (mayo de 1886), p. 1.

³² LLORENTE, T., *Valencia*, Barcelona, 1887, ps. 192-193.

³³ LLORENTE, T., *Valencia...*, ps. 192-193.

³⁴ BORONAT, P., *Los moriscos españoles y su expulsión*, 2 t., Valencia, 1901 (ed. facsímil, Universidad de Granada, 1992), t. II, p. 428.

proponen “deshacer la falsa historia de los cronicones, dijo Chabás.³⁵ El método histórico-crítico fundamentaba su análisis. Almarche, reflexionando sobre el grupo, lo explicó así: “[estos historiadores] consultan los archivos, acopian manuscritos, depuran materiales para la Historia de España, al mismo tiempo que comienzan la bibliografía y dejan bien provistos almacenes de refinados materiales para reconstruir la *moderna historia*, moderna en el sentido expositivo, de la ciudad y reyno de Valencia, amplia y extensa, heroica y grande, no como quisieran acostumbrarnos a concebirla y verla, raquílica y pequeña a través del prisma divisional de las provincias artificiales, sin tradición ni prosapia con intento único de ser desligadas de su pasado”.³⁶ Así pues, y dejando de lado el carácter reivindicativo regionalista, Almarche subraya el método: recurrir a la fuente, comprobar lo que se afirma, depurar la información. Esta fe ciega en el documento –que una vez depurado y comprobado era “la verdad histórica”– les lleva a no pocos errores de interpretación, fruto de la ingenuidad con la que confían en los documentos. No perciben que los documentos, por auténticos y contrastados que estén, tienen una intencionalidad social y política. No perciben que el poder se escribe –hoy, además, se televisa–. Esta falta de reflexión crítica lleva a nuestros autores a simplificaciones. Boronat, por ejemplo, en el libro dedicado a la expulsión de los moriscos, es tan fiel a los documentos que usa, que acaba opinando lo mismo que ellos; y como los documentos de que se sirve son los oficiales, nos argumenta la expulsión tal y como la pensaron el patriarca Ribera y Felipe III, como una “necesidad histórica”, justa y natural, porque los moriscos no eran españoles por razones étnicas y religiosas.³⁷ En resumen, el propósito es la “imparcialidad”, la comprobación documental, la exhumación de la verdad... Que no percibiesen que los documentos en que se basaban son una creación social, en cuyas entrañas hay intereses sociales, partidismos, etc., es otra cuestión que –por lo demás– se consideró por la historiografía algo después...

La tercera característica son los temas que estudian. Fueron muchos y variados: cuestiones de arqueología, de numismática, iberos, romanos, musulmanes, judíos, cristianos, conquistadores, fueros, repobladores, cartas de poblamiento, moriscos, gremios, instituciones políticas, literatura, arte, toponimia, biografías, geografía. El aspecto jurídico e institucional era el que más les interesó. Tenían una especial preferencia

³⁵ CHABÁS, R., “Los falsos cronicones y su influencia”, *El Archivo*, t. II (noviembre de 1887), ps. 105-111.

³⁶ ALMARCHE, F., *Historiografía...*, p. 13.

³⁷ BORONAT, P., *Los moriscos...*, t. I, p. 396.

por la edad antigua y –sobre todo– por la media. En historia antigua se interesaron por el origen de las ciudades –Valentia, Saguntum, Lucentum, Illice–, la epigrafía romana y la arqueología paleocristiana, con aportaciones notables. Para la historia medieval anterior a la conquista, se beneficiaron de la colaboración de Julián Ribera, nacido en Carcaixent, profesor de las universidades de Zaragoza y Madrid, y uno de los pioneros del arabismo que colaboró en *El Archivo*. Veían a la sociedad islámica como un mosaico desvertebrado. Esmaltado de etnias y religiones, regido por el despotismo, y extraño a la historia española. Pero fueron los cristianos de la edad media los que más los atrajeron. Los interpretaron – como en la época romántica– en clave liberal, enfatizando –por ejemplo– la “libertad” urbana o municipal frente a la tiranía feudal –sin tanto exceso, algo de eso intentó señalar Beneyto, sin lograrlo–.³⁸ En la época medieval cristiana buscaban las raíces de la identidad y especificidad valenciana, y mitificaron a sus personajes –Jaime I, Vinatea...– o a sus instituciones –els furs–. El diario republicano *El Pueblo*, en 1907, se burlaba de “la pretensión de hacer creer a la multitud que los fueros... eran modelo de libertad”.³⁹ La época moderna también mereció monografías y aportaciones, especialmente las Germanías y la expulsión de los moriscos, integrando la explicación de lo uno y lo otro en el marco de la Monarquía. Para el siglo XVIII, además del discurso sentimental de la abolición de los fueros, se fijaron en el grupo ilustrado valenciano, biografiando a algunos eruditos –el deán Martí, por Boronat– o en Balmis y la expedición de la vacuna.⁴⁰ La historia contemporánea les interesó mucho menos, como ya se ha dicho.

Pues bien. Este fue el contexto historiográfico local, que nos sirve para enmarcar a los cronistas de Torrent. Hora es ya de pasar a ellos.

LAS CRÓNICAS DE MIQUEL CASANOVA Y BENEYTO TASSO.

Miquel, secretario del ayuntamiento desde 1843 hasta 1868, formó parte del grupo de personas de la localidad que protagonizaron y dirigieron este cambio, vivió las pasiones políticas y las tribulaciones humanas que todo ello comportaba y en su crónica dejó testimonio de esta experiencia, captándola desde su rasero ideológico –era un católico integrista que añoraba el carlismo y se comprometió en la práctica con el liberalismo moderado–. La época de la revolución es, pues, el tema de su

³⁸ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, p. 95.

³⁹ Citado en VICIANO, P., *La temptació...*, p. 106.

⁴⁰ MESTRE, A., “Reflexiones sobre el influjo de Vives en el reformismo del deán Martí”, *Estudis*, 23 (1997), ps. 253-268.

trabajo: “Dije para mí, de aquí a treinta años no hay persona alguna, al paso que se suceden las revoluciones, transformaciones y cambios políticos, que recuerde los sucesos y acontecimientos por que hemos atravesado en este pueblo durante medio siglo, ni quien tenga ni pueda dar noticia de muchísimos actos que son esenciales y de sumo interés a esta localidad; y al momento me asaltó la idea de aprovechar varios apuntes que tenía en mi poder de las cosas más notables, reuniéndolas con otras que podía adquirir referentes a época anterior”.⁴¹

Le parece, pues, tan importante dar testimonio de esa época, que se obliga a rescatarla del olvido y escribir una historia de la villa de ese “medio siglo”, añadiendo otras noticias desde el siglo XIII hasta comienzos del XIX, exactamente las que considera capaces para hilvanar y entender las transformaciones que se operaron en la época de las “transformaciones y cambios políticos”. La necesidad de levantar acta del tiempo de “las revoluciones” no es inédita. Más bien es muy común en su época: la transformación social estimula la investigación histórica. Vicente Boix, por ejemplo, también confiesa que escribió la *Historia de la ciudad y reino de Valencia*, para dejar constancia de la participación y significación valenciana en el proceso revolucionario español.⁴² En Miquel, además, hay un cierto hastío de revoluciones, inútiles sacrificios, promesas y desengaños, y espera la “feliz aurora que nos anuncia la era de quietud, tranquilidad, paz y justicia que tanto necesitamos”.⁴³

La estructura del trabajo responde a estas preocupaciones: unas pocas páginas se dedican a exponer en breve panorama la historia de Torrent desde el siglo XIII a principios del XIX –dominación feudal a manos de la orden de San Juan de Jerusalén, carta puebla, prestaciones señoriales, enajenación y venta del señorío en el contexto de la desamortización de Godoy...–, y el resto, en torno al 70 %, lo dedica a analizar los cambios del ochocientos: la redención del señorío, la guerra civil carlista, los conflictos políticos, los partidismos de los moderados, progresistas, demócratas y carlistas –que expone desde su óptica–, la organización liberal del municipio y la del distrito judicial, la población y las epidemias, la estructura socio-profesional de la villa, la vida cotidiana, la riqueza y contribuciones, el carácter de los vecinos –aquellos cronistas o historiadores siempre buscaban “el carácter” particular de los pueblos o las naciones...–, y, por supuesto, las obras públicas y reformas que se hacen, el fomento que desde el poder local o provincial se promueve, dándose noticia –en fin– de los monumentos.

⁴¹ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 18.

⁴² BOIX, V., *Historia de la ciudad y reino...*t. I, p. 10.

⁴³ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 19.

En la crónica de Miquel destacan tres elementos que merecen nuestra reflexión. El primero es el testimonio que da de la revolución; el segundo fomento y mejora de la villa que hacen los políticos moderados, y el tercero la descripción social del pueblo, que introduce, precisamente para averiguar el “carácter particular de Torrent”.

En el Torrent que va de la época de Fernando VII a la Gloriosa, bullen los intereses personales y las pasiones políticas. Este es uno de sus principales rasgos de su estudio. Al leerlo tropezamos con personas e intereses políticos: el “traidor Maroto”⁴⁴, la “indecente revolución” de 1854⁴⁵, el “celoso capellán” que promueve el establecimiento de beneficencia en 1842⁴⁶, el hábil alcalde moderado de la villa que garantiza al gobernador de la provincia sacar un diputado conveniente por el distrito —el barón de Cortés— a cambio de que el futuro diputado y el gobernador se interesen en construir el puente y camino de Torrent a Valencia (es decir, el caciquismo expresado sin caretas: “hagámosle diputado por este partido —pone en boca del alcalde local el cronista— y con el interés que en ello se tomará y con la ayuda y buen deseo de V.S. haremos el camino y un puente en el barranco”...)⁴⁷.

Miquel, por otro lado, capta la revolución desde la vertiente exclusivamente política i desde las ideas —lo que lo aproxima a muchos cronistas e historiadores de la época—. Las ideas, las pasiones políticas que éstas engendran, los intereses que promueven y, en fin, los individuos —que asumen ideas, pasiones e intereses— son los que llevan a cabo la revolución. Para él la revolución, en esencia, no es otra cosa que un *combate* entre “las antiguas tradiciones contra las nuevas ideas del filosofismo”.⁴⁸ “Empezaron a sentirse palpablemente —escribe en otro pasaje— los efectos de los nuevos filósofos en toda España, por la introducción de disolventes doctrinas... dando al traste con todo”.⁴⁹

Las ideas, además, hallan terreno abonado para fructificar en la naturaleza humana, repleta de miserias. Cuando caracteriza el período 1833–1868 lo sintetiza con estas palabras: “Estos tiempos de contradicciones y pependencias, de disgustos y sinsabores, y de constante intranquilidad y agitación, fueron para mí lecciones de mundo que no se me olvidarán jamás. ¡Cuánta bajeza vi en los hombres! ¡Qué variedad de pensamientos! ¡Qué confusión de ideas! ¡Qué corazones tan carcomidos por las rencillas políticas que desgraciadamente se han infiltrado en este

⁴⁴ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, ps. 17, 45.

⁴⁵ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, ps. 45 y 81.

⁴⁶ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 73.

⁴⁷ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 80.

⁴⁸ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 45.

⁴⁹ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 29.

desgraciado país! ¡Cuán poca abnegación! ¡Y qué pequeñez de almas! En fin miserias humanas...”⁵⁰

El segundo aspecto que merece su atención son las obras públicas: el fomento. Testigo de los cambios que comportaba el liberalismo, dedicó amplio espacio a comentarlos. Nos cuenta que, en los años isabelinos, las calles de la población se nivelan y se dejan “en el mejor aseo”⁵¹, se canalizan las aguas, se cubren las acequias, se reparan los caminos, se amplía el cementerio, se construye un matadero, se mejora la carnicería, se pone un nuevo reloj, se canalizan fuentes, se instala el alumbrado público –“treinta y seis farolas de reverbero”–⁵², se establece el juzgado de primera instancia comarcal y la casa cuartel para la Guardia Civil.

Miquel, tiene buen cuidado de contar, una a una, las obras públicas realizadas entre 1841 y 1868, para mayor gloria de los alcaldes, especialmente de los moderados, y mostrar lo que le parece una formidable transformación urbanística. También Boix, para la ciudad de Valencia, fue testigo y cronista –en los años sesenta del siglo– de estos mismos cambios: “Instantáneo –nos dice el de Xàtiva– fue el movimiento en todos los ramos; y las artes, la industria, la agricultura y el comercio caminaron con mayor actividad; acumulándose en pocos años obras tan importantes, casi imposibles en otros tiempos: las aguas potables, conducidas por medio de construcciones imponentes... la variedad de sus sólida fuentes monumentales y vecinales; la interesante mejora de las aceras y adoquinamiento de sus principales calles y plazas; la abundante circulación de gas; la construcción de un nuevo mercado... la introducción de diferentes relojes públicos; y sobre todo el adelantamiento de ese puerto...”⁵³

En Torrent, lógicamente, la envergadura de estas obras no era comparable a las de Valencia. Pero el fenómeno sí, en pequeña escala. Aunque Miquel no fue capaz de sacar las conclusiones de Boix –le faltaba la creencia en la idea de progreso que tenía en de Xàtiva–, destacó el fenómeno: “difícilmente –dijo– volverá a verse otra época que en iguales o más años se lleven a efecto ni una mitad de las [obras] practicadas en dicho período de 27 años [1841–1868]”. La revolución Gloriosa, “que ha entrado destruyendo” impedirá –en su opinión– continuar el fomento.

Para Miquel, el fomento es sólo cosa de los moderados. Los progresistas y los demócratas para él son incapaces de estas empresas. Son demasiado ambiciosos, sus almas están demasiado corroídas por las

⁵⁰ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 18.

⁵¹ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 84.

⁵² MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 72.

⁵³ BOIX, V., *Memoria para el Ensanche de Valencia*, Valencia, 1856, p. 6.

pasiones y el pecado, carecen de la perspicacia de los alcaldes moderados –amigos suyos– y no saben granjearse el favor de los gobernadores. El proyecto del puente y arreglo del camino de Torrent a Valencia que antes citábamos, es un ejemplo: el alcalde del pueblo –que es moderado y, por ende, honrado– “garantiza” la elección de un diputado por el distrito, y a cambio el gobierno se interesa por la obra pública... El establecimiento del juzgado comarcal –aunque no olvida el tamaño de la villa y su oferta de buenas instalaciones– también se debe, en parte, a que en Catarroja, donde estuvo al principio, tenían mucho peso los progresistas. Muchas de las obras públicas se realizaron, en buena medida, porque algunos gobernadores civiles frecuentaron la localidad... En resumen, el fomento es obra del poder, de los alcaldes y gobernadores. Boix –por contrastar– jamás lo vio así: el fomento era resultado de fuerzas poderosas que comportaba el progreso, y resultaba imparable, gobernase quien gobernase...

Pero incluso el fomento tiene, en Miquel, a veces, ángulos oscuros. Por ejemplo, la instalación del juzgado comarcal la ve como cosa positiva puesto que da “realce” y categoría a la villa, obliga a que afluyan gentes de fuera, a instalarse en el pueblo funcionarios, a que se vendan más comestibles... “En cambio –añade– hemos perdido mucho en moralidad y virtudes” por la frecuencia con que visitan Torrent no tanto los delincuentes, cuanto “aventureros políticos de muy mal ejemplo” que siembran “perniciosas ideas”...⁵⁴ Se trata de los abogados que visitan la villa, demasiado liberales para su gusto.

La tercera característica de la crónica de Miquel es el interés que tiene por captar el “carácter particular” de los torrentinos, como si tal existiese. Era un tópico que venía de lejos, del siglo XVIII cuanto menos. Historiadores, escritores y cronistas intentaron averiguar no sólo el “espíritu” o “carácter” de las naciones, sino, además, también el de sus regiones, provincias y pueblos. Se usaron varias estrategias: la más común era intentar acceder a esos caracteres particulares atendiendo una combinación de factores diversos –naturales, sociales, ideológicos, históricos–. Nuestro cronista, en cambio, tiene sus matices: el carácter se debe, principalmente, a la condición social.

Al inicio de su *Memoria...* ve como rasgos básicos del carácter particular de los torrentinos la “bondad, laboriosidad y espíritu religioso”⁵⁵, pero a lo largo del trabajo matiza bastante. “Difícil de todo punto es hacer una pintura exacta del carácter particular... de una

⁵⁴ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, ps. 68-70.

⁵⁵ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 17.

población numerosa”, nos dirá más adelante.⁵⁶ Se atreve, sin embargo, y busca una “generalidad” para acercarse “algún tanto a la realidad”. Y es precisamente la jerarquía socio-profesional la que más le ayuda a penetrar en este arcano.

Observa que los vecinos de Torrent son labradores –los más–, menestrales, traficantes, jornaleros y pobres de solemnidad, a los que se añaden funcionarios del juzgado, abogados, algún facultativo o eclesiásticos, que considera que –por ser pocos– apenas influyen en el carácter de las gentes del pueblo. Excepto los funcionarios y profesiones liberales, que usan trajes diferentes y tienen otros modales, el resto de los vecinos visten “al estilo del país” y son “ordinarios en su trato”. Pero a partir de este rasero común empiezan las diferencias.

Los labradores –es decir, los pequeños propietarios de la tierra– trabajan los unos en sus propiedades y los otros, además, toman en arriendo algunas parcelas o se emplean en otras actividades –transporte, por ejemplo– para completar su existencia. Miquel considera –y se complace de ello– que la propiedad está bastante bien repartida entre quienes la poseen. Y así las cosas, se forma el carácter fundamental de estos torrentinos, que son gente “laboriosa y morigerada”, además de “honrada, bondadosa, benigna e ingenua”, a la vez que “desconfiados y envidiosos”, escépticos ante las promesas de los partidos políticos, poco solidarios y aferrados a las viejas costumbres con escasa afición a introducir novedades en el cultivo de las tierras...⁵⁷ Los pequeños propietarios agrícolas, además, actuaron como un grupo social moderador de los excesos revolucionarios –nos indica el cronista–, y si algo lamenta es que augura para el futuro que su docilidad y conformismo se trocará en crítica y actividad. La experiencia del 68, momento en el que escribe la cónica, le hace suponer esta evolución. “El mundo va despertándose de muy mala manera”, sentencia.⁵⁸

Las cosas, desde luego, no eran exactamente como las pinta. Algunos de estos labradores rompieron estos supuestos y sobrepasaron el umbral de la clase media agricultora que nos dibuja. Beneyto y Tasso, el otro cronista, nos biografía a un “torrentino hasta la médula de los huesos, de familia labradora acomodada” que fue educado en un “ambiente mercantil”, hasta el punto que estudió peritaje y acabó por convertirse en un emprendedor que “ensanchó el negocio del vino”.⁵⁹ Es decir, un burgués, que se codeó con banqueros, que viajó, que incorporó tecnología

⁵⁶ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 56.

⁵⁷ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, ps. 56-57.

⁵⁸ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 58.

⁵⁹ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, ps. 145-147.

novedosa en sus quehaceres, que organizó el Círculo Católico Obrero de la villa y fue alcalde de la misma... Ciertamente que la vida de este personaje – Tomás Babiera – es posterior a la época que nos narra Miquel, pero, sin duda, la “familia labradora acomodada” en cuyo seno nació el “cumplido caballero”, era de la época de Miquel: eran vecinos suyos.

Curiosamente, esta familia tan emprendedora –y alguna otra de esta condición– están ausentes en su repaso sociológico. Es decir, Miquel no ve a los que ascienden... Se ciñe al tópico del torrentino honrado, laborioso, desconfiado y vulgar. Mas algunos –claro es que sólo unos pocos– sobrepasaban su esquema.

Pero, puestos a reseñarle olvidos a nuestro cronista, nada mejor que el propio. También él era hijo de “padres labradores”, pero no debían ser tan menesterosos como los más, puesto que el niño fue enviado a estudiar. Cursó en la universidad artes y tres años de teología, y no acabó la carrera por estallar, entonces la guerra carlista. No eran tiempos óptimos para el sacerdocio: era la época de las excomuniones y desamortizaciones, y nuestro cronista, pese a la inclinación a la teología, desistió, se refugió en su villa y acabó por ser secretario del ayuntamiento, precisamente cuando los moderados, en 1843, ocuparon el poder y desplazaron a los progresistas. Miquel, suponemos que no sólo con el sueldo de secretario, sino con bienes raíces que están determinados, pero en los que su mujer no debía representar corta parte, logró pagar a sus hijos carreras. Como quiera que “Dios lo colmó” con ocho hijos –nada menos–, dar de comer a todos y darles carrera a los varones, debió ser empresa que requería buen respaldo. Uno de sus hijos acabó de notario en Alaquàs, otro de abogado, otro de farmacéutico y el cuarto de administrador de loterías. De las hijas no sabemos nada, pero –tal vez– un buen matrimonio fue la salida... En resumen, la familia de Miquel también ascendía, tal vez no tanto como los Babiera, pero no es desdeñable la movilidad social de este hombre, “hijo de padres labradores”.⁶⁰ Ese curioso fenómeno, clave en la revolución burguesa, se le olvida a nuestro hombre. Sus labradores son *todos* medianos, poco letrados y muy trabajadores y anticuados. Pero su vida enriquece su análisis.

A los demás grupos sociales les dedica bastante menos atención, por cuanto los ve menos influyentes en el “carácter particular de las gentes de Torrent”. Los menestrales también son laboriosos y honrados, aunque más proclives a las novedades y de costumbres “más sueltas”. Los comerciantes –traficantes, les llama–, muchos de ellos ambulantes, son bien aprovechados en el repaso sociológico de nuestro cronista. Gentes

⁶⁰ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, p. 140.

que se ganan la vida en “tráficos e industrias”, gentes desembarazadas y abiertas que van y vuelven a “tierras extrañas”, eran un producto del cambio social del momento, y que Miquel supo percibir.⁶¹ En este grupo hallamos “al gran número de vecinos... que nada poseen, o el que más apenas tiene una casita para habitar”. Pues bien, estas personas, “si no reuniesen las cualidades de ser vividores e industriosos en buscarse la subsistencia... no podrían existir en esta población”. Los unos –“más de doscientos”– salen diariamente “al ejercicio de sus tráfico e industrias”. Van a Valencia y vuelven diariamente traficando y carreteando trigo, vino, aceite, jabón, frutas, verduras, escobas... Otros –“más de cien”– parten semanalmente a la Ribera del Xúquer y venden ropa, chocolate y otros géneros... No faltan los que, en verano, “se esparcen por muchas capitales y pueblos de España y ejercen la industria de horchateros, regresando al pueblo en el mes de septiembre”, mientras algunos transportan en sus carros trigos de Castilla, tras vender en sus pueblos otros géneros.⁶²

La cuadro social que nos describe es magnífico. Lo que sorprende es que no sea capaz de ver que si alguna cosa caracteriza al Torrent de los años centrales del XIX es esta gente: los arrieros, ambulantes, carreteros, comerciantes, mínimos fabricantes... Mucho más que los pequeños propietarios agrícolas. La villa –de buen seguro– debe mucho más a estos vecinos proletarizados que sólo poseen una casa y que se ganan la vida en comercios y carretos, así como fabricando en talleres mínimos las escobas y demás bibelots, que a los pequeños propietarios labradores. Es más, muchos de los hijos de los pequeños agricultores acabarían de vendedores ambulantes. El capitalismo también se gestaba así, y en el País Valenciano fue fenómeno reiterado... Que Miquel, un hombre proclive al carlismo, no perciba su peso social y minimice su aportación al “carácter torrentino”, es un problema de nuestro cronista. Por lo demás la imagen tópica del torrentino que circulaba –hoy ya el mundo es muy distinto– no es la del conformista campesino, sino la del ambulante y espabilado chocolatero, la del vendedor de escobas y de otras mercancías... El segundo cronista, aunque no hace análisis sociológico alguno, recoge poesías de tipos populares. No falta “el granerer” y “el xocolater”. Del primero no me resisto a reproducir un fragmento:

*“Les comes agils y fortes,
rialler y espavilat,
y així viu felis y alegre*

⁶¹ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 57.

⁶² MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 60.

*en este clot mundanal.
Per son taller o botiga
No tingau que preguntar
pues es ben cert y segur
que no la voreu jamay
perque ell asoles se sobra,
per sa molta avilitat,
per a ser taller, botiga,
carrejador, fabricant,
traginer, aparor,
pregoner y gos guardiá".⁶³*

Los “jornaleros de labranza”, en fin, le resultan poco simpáticos: “listos para el trabajo”, carecen de “la humildad que debe regular el estado de su clase”, son algo soberanos”, nos dice.⁶⁴ Lo que para Miquel es un baldón, para nosotros –que lo miramos desde otro ángulo– no lo es... pero lo más interesante es que nuestro cronista, aunque no es capaz de caracterizar el fenómeno, da buena cuenta de la proletarización, uno de los elementos nucleares del XIX. Además de los jornaleros, hallamos en su crónica “brigadas de confinados”. Cuenta que en 1850 se concentraron en la villa “más de trescientas” personas, que trabajaron varios meses en el pueblo haciendo desmontes, cubriendo acequias, reparando caminos, aumentando el abrevador de las caballerías –con tanto arriero se entiende esta urgencia– y otras obras... Este tipo de brigadas no eran extrañas en la época –la construcción ferroviaria las requería–. Cobraban “cuatro cuartos” por día, y “una sopa por la mañana”.⁶⁵ Era, sin duda, un aspecto de la acumulación originaria de capital...

En cambio, la *Guía histórica...* de Beneyto es distinta. También su vida lo fue. Poco se sabe de ella: su padre era músico, un hermano suyo médico. Trabajó de sastre, y finalmente consiguió un cargo administrativo del que quedó cesante. Casado con una mujer de Torrent, se vinculó a la villa y acabó escribiendo la obra que nos concierne.⁶⁶

De entrada, en su trabajo, Beneyto elude el proceso político del XIX. En efecto, cuando llega a 1847, dice: “lo referente a la época moderna, por ser sobradamente conocida, omitimos su relato, entrando a desarrollar a vuela pluma los monumentos y otros puntos”.⁶⁷ Para la época anterior es –

⁶³ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, ps. 175-178, la cita en 175-176.

⁶⁴ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, p. 57.

⁶⁵ MIQUEL Y CASANOVA, *Memoria...*, ps. 83-86.

⁶⁶ Véase el estudio preliminar de J. Royo Martínez y J.R. Sanchis Alfonso a la edición de la *Guía histórica...* de Beneyto, ps. 9-13.

⁶⁷ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, p. 39.

como hoy se diría- “políticamente correcto”, es decir: a diferencia del anterior cronista, no habla de “dominación feudal” o de “prestaciones señoriales”. Las pocas palabras que dedica a la época feudal no pueden ser más edulcoradas, insulsas e inexactas: “Los caballeros de Malta... fueron dueños de este territorio y sus anexos durante unos seis siglos, transcurriendo éstos sin grandes protestas por parte del vecindario, por cuyos intereses velaron con asiduidad durante la posesión de esta encomienda, evitando a Torrent tomar parte activa en las convulsiones de las germanías, Guerra de Sucesión y de la Independencia, que agitaron al resto del Reino”.⁶⁸

Lógicamente de estas afirmaciones no aporta ninguna cita. Se inventa la docilidad de los torrentinos durante seis siglos, tal vez, porque la desea para su época. Distorsionar la historia era una buena causa para el orden conservador. La estructura de su escrito también diverge de la de Miquel: un 7 % lo dedica a resumir el panorama histórico del pueblo, desde el siglo XIII hasta los años cuarenta del XIX; el resto son monumentos, hijos ilustres y costumbres.

Mientras a Miquel le interesa dar a conocer el “borrascoso laberinto” de pasiones e intereses políticos, a Beneyto le preocupa mostrar el efecto del crecimiento, la magnificencia que el orden burgués ha hecho en Torrent: “Puede enorgullecerse esta población de poseer un magnífico templo parroquial, un convento de reverendos padres franciscanos, las ermitas de San Luis Bertrán y de San Gregorio obispo de Ostia, el elegante edificio de la casa consistorial, escuelas públicas, centros de recreo, matadero, a la par de su constante y no interrumpido engrandecimiento de sus anchas y despejadas calles y plazas como las de la Constitución o Mayor, Obispo Benlloch, Maestro Giner y Vidal y finalmente el espacioso rellano o meseta del Convento, sitio el más elevado de la población, desde cuyo punto se distingue la fértil y productiva Huerta de Valencia, la rica y espaciosa Ribera del Júcar, con sus arrogantes naranjos, las embarcaciones que cruzan las aguas del Mediterráneo, los alrededores tan bellos y alegres, la canalización de las renombradas aguas de la fuente de San Luis Bertrán que a unos tres cuartos de legua de la población tiene el robusto manantial y finalmente la amabilidad y limpieza de sus naturales, unido a las excelentes vías de comunicación, cual son el tranvía eléctrico y ferrocarril [que] hacen que esta privilegiada villa torrentina sea un arrabal de Valencia y sumamente agradable la estancia en la misma”.⁶⁹

⁶⁸ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, ps. 31-32.

⁶⁹ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, p. 22.

“Fértil y productiva huerta”, “arrogantes naranjos”, “excelentes vías de comunicación”, “tranvía eléctrico”, “ferrocarril”, “embarcaciones que cruzan las aguas”, “constante y no interrumpido engrandecimiento” de calles y plazas –no basta con un adjetivo, hacen falta dos–, “canalización” de aguas, “escuelas”, “matadero”... En otras palabras: el elogio al crecimiento. Beneyto, como la burguesía satisfecha y moderada de la Restauración, canta sin cesar el crecimiento. Su Torrent, de algún modo, se parece a *La barraca* de Teodor Llorente, fértil, productiva, con unos campesinos hábiles y felices... Ni un amago de sombra hay en su crónica.

Estas loas al *Torrent feliz*, se repiten en la *Guía*... Al hablarnos de las mejoras en las vías de comunicación, Beneyto nos cuenta la cacicada del alcalde y el gobernador para conseguir el puente y mejorar el camino a Valencia, pero, a diferencia de Miquel, se distancia de la escena: la narra citándola, entre comillas, para, a renglón seguido, explayarse valorando el significado de las vías de comunicación: “Hace más de un cuarto de siglo”, nos dice, Torrent no contaba con otro medio de comunicación con Valencia que “la anticuada tartana” que “a lo sumo” hacía dos viajes diarios, con un número de pasajeros que “no pasarían de unos veinte”.

La mejora del camino comportó que “algunos años después” las tartanas se sustituyeron por coches–galeras, que abarataban el coste y permitían más viajeros y más viajes, realizándose cada dos horas. El “aumento del pasaje” lo calcula en 200 diarios de la villa a la capital y regreso... Mas “esta forma no podía subsistir mucho tiempo”, y los “adelantos modernos” la sustituyeron: en 1893 se inauguró el ferrocarril, dos años después al tren se añadió el tranvía de fuerza animal y en 1902 el tranvía de tracción eléctrica sustituyó al anterior. “No debe extrañarse –concluye– que se note mayor movimiento de viajeros que fluctúan entre 1.500 a 2.000 diariamente, sino que el comercio en general haya adquirido mayor desarrollo que el que ha pocos años tenía”.⁷⁰ Por ahí van las diferencias entre Beneyto y Miquel: por el énfasis en el crecimiento y la menor relevancia que el cronista más joven da a la política: se cita como inexorable, las menos veces posibles y –con preferencia– poniendo en boca de otros lo que se desea decir.

Pero no sólo son distintos los intereses de uno y otro, sino la manera de explicarlos. Si la crónica de Miquel nos expresa de algún modo la pasión de la época revolucionaria, la de Beneyto, además de dar cuenta del crecimiento, se refugia en la erudición –independientemente de su preparación para este menester–, en la prosopografía, en los monumentos, en la folklorización de la historia, en el tópico. Y –curioso– en el relato de

⁷⁰ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica*..., ps. 109-111, la cita en 111.

las escenas de representación que organiza la burguesía torrentina a partir de 1900 –*jocs florals*– para exhibirse y autoafirmarse. Pero la política la elude. Por ejemplo, cuando rastrea la historia del municipio, de 1676 pasa a 1877, y sólo para decir el número de concejales que componen el ayuntamiento.⁷¹ El siglo XIX se le esfuma, a no ser que reproduzca un poema o un documento, o nos narre el progreso de la villa o las costumbres de su *coenta* burguesa...

Beneyto busca el documento, la cita, el dato... Trabaja desde la estrategia del acarreo erudito, con la perspectiva localista limitada. La organización diacrónica del material histórico es débil; los personajes, en vez de aparecer en el momento de su historia, aparecen en un apéndice; los monumentos, se presentan uno tras otro; los edificios solariegos y sus escudos nobiliarios se codean con la canalización de aguas de la segunda mitad del XIX, y ésta con pleitos de aguas para riego de 1600...⁷² En otras palabras: la organización histórica del material que exhuma no le preocupa demasiado; su interés es la nota erudita, el apéndice documentado, pero no la exposición en secuencia diacrónica. No hay apenas *narración histórica*; Beneyto elabora una detallada topografía y prosopografía de monumentos y personajes, curiosidades y erudiciones.

Su texto tiene poco nervio, no hay pasiones ni casi personas. Cuando éstas aparecen se nos presentan o en relación estadística –un nombre tras otro de los caballeros de la orden de Malta, sacada de Teixidor, Cruilles, y de los archivos del Reino, municipal de Torrent, protocolos del Patriarca–⁷³, o como una sucesión de fichas ordenadas cronológicamente: “nació..., falleció..., fueron sus padres..., estudió..., se graduó..., casó con..., fue regidor..., sus obras son...”. Y tras cada verbo, el dato, nada más.⁷⁴

Pocos deslices se permite Beneyto en esta prosopografía, y suelen ser del siguiente tenor: “De familia humilde, era valenciano hasta la médula de sus huesos; pero sobre todos los rasgos de su carácter, resaltaban su amor a la piedad, su afecto a la ciencia y su pasión a la enseñanza”, dice de un personaje.⁷⁵ “Demostró un gran cariño a su país natal, trabajando con actividad principalmente en los expedientes de redención del señorío”, afirma al biografar al cronista Miquel.⁷⁶ Muy pocas veces se sobrepasa este umbral. Sólo los artistas –y no todos– cobran algo de pulso. De un escultor, Juan Facundo, que profesó en un convento de Palma de Mallorca, resume en pocas líneas su rocambolesca vida: actuó como

⁷¹ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, ps. 95-100.

⁷² BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, ps. 118-125.

⁷³ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, ps. 32-34.

⁷⁴ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, p. 135, [se refiere a Vicente Guerau de Arellano].

⁷⁵ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, p. 139, [se refiere al escolapio Vicente Julián Gómez].

⁷⁶ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, p. 140.

“gimnasta” en una compañía ambulante, cruzó Francia “sacando muelas en las ferias y plazas públicas”, recorrió Italia y aprendió en Roma el oficio de escultor, volvió a Baleares, imploró perdón, lo consiguió e ingresó en la clausura...⁷⁷ De Luis Lamarca cuenta su vida, amistades, obras, y una anécdota: los absolutistas no consideraron como servicio militar el que prestó en la milicia y lo obligaron a hacerlo nuevamente, lo que lleva a Beneyto a juzgar que aquellas autoridades y aquella época eran “de triste recuerdo”.⁷⁸

No deja de ser significativo que, junto a los artistas, merezca mayores literaturas un “cumplido caballero” de Torrent, Tomás Babiera, a quien ya nos hemos referido. A este personaje, que “ensanchó el negocio del vino”, la villa “mucho bueno [le] debe”, entre otras cosas, el Círculo Católico Obrero. Por supuesto, para “sus queridos obreros tenía entrañas de verdadero padre”.⁷⁹ El tono de este texto es, exactamente, el de las necrológicas de *Las Provincias* cuando glosan las vidas de los *probos* de Valencia –la burguesía–. De hecho, nuestro cronista se hallaba relacionado con este círculo, hasta el punto que los amigos de Teodor Llorente le fabricaron un premio para los juegos florales de 1912. Beneyto había presentado en 1907 la Guía histórica... En 1912, Lo Rat Penat solicitó al ayuntamiento de l’Horta Sud que dotara un premio de 125 ptas. para “la millor guia histórico–descriptiva de Torrent”. Así se hizo y –sin más sorpresas– el cronista ganó el galardón...

Es decir, Beneyto levanta acta del crecimiento y alaba a sus agentes – que son sólo los burgueses, personificados en Babiera, o reunidos en *jocs florals*–. Elude, como el grueso de la “escuela histórica valenciana” el XIX. Con Beneyto volvemos a Teixidor. También es cierto que tenía menos preparación que su antecesor.

⁷⁷ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, p. 135.

⁷⁸ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, p. 141.

⁷⁹ BENEYTO Y TASSO, *Guía histórica...*, ps. 145-147.